



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Centy.

4491 MEM 33

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 33

15 JUNIO
1926

SEMANAL

POPULAR

PRE-
CIO:
10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

que acertase a responder: la sorpresa le había dejado aturdido.

— ¡Oh! —exclamó al fin— Esto no es más que una de tantas locuras; y si habéis contado con mi generosidad, os habéis equivocado.

—No cuento más que con mi valor para soportar las consecuencias.

— ¡Que no aceptáis el sacrificio de vuestros hijos!

—He dicho que no.

— ¿Y qué importa si ellos quieren hacerlo? ¿Acaso tenéis medios para evitar que don Leandro se case con María? Y si yo reconozco como hija mía a Consuelo, ¿quién podrá impedirme que la lleve adonde mejor me parezca y que le prohíba casarse con Leandro?

—Contra lo segundo nada puedo hacer.

—Y en cuanto a lo primero, será preciso respetar la resolución de vuestro esposo.

—Tengo un medio eficaz.

— ¿Se puede saber en qué consiste?

—Sí.

—Deseo conocerlo.

—Cuando yo misma confiese mi falta y publique mi deshonor, mis hijos no se sacrificarán, porque el sacrificio ya no tendrá objeto.

— ¿Habéis previsto lo que debe suceder?

—Todo.

—Sin duda os proponéis confesar vuestra falta sin revelar el nombre de vuestro cómplice; pero aquí estoy yo para publicarlo.

—No se me oculta que mi esposo, a más de castigarme como mejor le parezca, pedirá a don Juan de Monzón cuentas de su proceder.

—Y como esas cuestiones no se arreglan sino con la espada...

—Si mi esposo no muere, morirá don Juan.

—Vuestra será la culpa.

—Y Dios me castigará como tenga por conveniente; pero Querubín no verá a María en brazos de otro, ni la amargura del desengaño envenenará el alma de Consuelo. Quedaré deshonrada, y vos también seréis despreciado por el mundo, como merece vuestra ruindad.

—A pesar de todo...

—No debemos entregarnos a ilusiones —interrumpió enérgicamente la condesa—: llegará un día en que dejaremos de existir, con el tiempo se calmará el dolor de nuestros hijos, y por más que conserven un triste recuerdo de sus desgracias, serán felices, sin que vos ni yo podamos estorbarlo desde el otro mundo.

—Señora, vuestra razón se extravía mientras me aconsejáis que no me entregue a ilusiones.

—Si en lo presente todo es horrible para nuestros hijos, bello será en lo porvenir si ahora cumplo mi deber.

—¡Os juro que no guardaré ninguna consideración!

—No las quiero.

—Si insistís en vuestro empeño temerario...

—Es mi última resolución; una resolución irrevocable.

—¡Reflexionad!

—Ya he reflexionado.

—¡Consultad con vuestros hijos!

—No cometeré semejante torpeza, porque sería prolongar estérilmente la noble lucha que hemos entablado.

—Sin embargo...

—¡No retrocederé! —replicó enérgicamente la condesa.

—¡Pues bien—dijo el comendador sin poder ya ocultar su despecho—; puesto que lo queréis, será!

—Es cuanto tengo que decir.

—Para concluir por donde hemos concluído, podíamos haber evitado muchos disgustos.

—He querido luchar, porque me alentaban algunas es-

peranzas; pero cuando todas se han desvanecido, cumpla mi deber y hago cuanto me es posible por la felicidad de mis hijos.

—Serán doblemente desgraciados al ver deshonrada a su madre.

—Al menos, conseguiré que mi conciencia esté tranquila, hasta donde es posible que lo esté.

—Perdonad que os lo diga con franqueza; pero deliráis.

—Entonces, no os toméis el trabajo de intentar convencerme.

—¡Aun quiero ser generoso!—dijo el comendador.

—¿Y en qué consiste vuestra generosidad?

—Os concederé algunas horas para que reflexionéis.

—Gracias—repuso irónicamente la condesa—; pero no necesito el plazo.

—Repetiré lo que habéis dicho: si no consigo otra cosa, tranquilizaré mi conciencia.

—Podéis hacer lo que mejor os parezca.

—Mañana mismo...

—Por pronto que lleguéis a cumplir vuestra terrible amenaza, os encontraréis con que ya nada tendréis que hacer.

—Señora, hay gran trecho del dicho al hecho.

—En toda la noche arreglaré mis asuntos, y cuando mañana pregunte mi esposo por mí, no encontrará más que una carta en la que le diré que soy culpable.

—¿Y adónde iréis?—preguntó don Pedro, que estaba cada vez más aturdido.

—A un convento.

—De todas maneras, esperaré hasta mañana.

—Así nada tendréis ya que hacer, y sin ninguna molestia quedarán satisfechos vuestros deseos de venganza.

—Creo que lo pensaréis mejor.

—Tal vez.

Púsose en pie don Pedro, porque la conversación había terminado. La condesa añadió:

—Deberíais decir a vuestra hija lo que he decidido.

—¿Para qué?

—Es justo que tenga conocimiento de lo que tanto ha de influir en su suerte.

—Lo tendrá mañana, y es igual.

Así terminó la conferencia. Ya era imposible que retrocediera. Despidióse y salió don Pedro, diciendo para sí:

—¡No lo entiendo! ¿Es que me tienden un lazo? ¡Oh! ¡No me conocen; pero sus ilusiones se desvanecerán muy pronto! Supongo que la condesa buscará un pretexto para dilatar otro día el sacrificio; pero cuando vea que mañana me presento decidido a descargar el golpe, cuando se convenza de que no concedo más plazos, cederá. Para hacer propósitos sobra siempre el valor; y, sin embargo, cuando se trata de cumplirlos, el más valeroso es cobarde.

Era el comendador demasiado ruin, y no podía creer que la condesa lo sacrificara todo por la felicidad de sus hijos. Pensó si debía adoptar algunas precauciones; pero nada le era posible hacer. Cuando llegó a su casa llamó a su criado, le refirió lo que acababa de suceder, y le preguntó su opinión. Con profundo disgusto escuchó Andrés, pues la resolución de la condesa le hacía perder un buen negocio. ¿Cómo explotaría el secreto cuando todos supiesen la verdad? Silencioso quedó el miserable, pensando que la fortuna empezaba a volverle la espalda. El conde no le daba ya parte en la intriga contra Consuelo, y, por consiguiente, ninguna recompensa podía esperar; además, la condesa determinaba confesar su falta. Esto era para Andrés ni más ni menos que llover desdichas.

—¿Cuál es tu opinión?—preguntó don Pedro después de algunos minutos.

—¡Señor, estoy perplejo!

—¿Crees que es posible que la condesa haga el sacrificio de su honor?

—¡Las mujeres son capaces de todo!

—¡Peor para ella!

—Y peor para vuestra señoría.

—¡Me vengaré!

—La venganza es una satisfacción, y nada más; pero entretanto vuestra hija...

—¡No se casará con Querubín!

—Tampoco con don Leandro; y como vuestra señoría con tanto empeño ha querido proteger a esa otra pobre muchacha de la costanilla de Santiago, sucederá...

—Tengo medios para impedir que se case, y he ahí por qué no he querido que se atente contra su honor. Cuando es preciso para defenderse, se hace todo: se cometen abusos y crímenes, porque pueden justificarse con la necesidad de la defensa; pero cuando no es menester, ¿para qué hemos de echar sobre nuestra conciencia el peso de una falta?

—No lo entiendo, señor; pero vuestra señoría lo asegura, y callo.

—Lo que deseo saber es si crees que me tienden un lazo.

—Ninguno.

—Tal vez para ganar tiempo...

—El plazo es demasiado breve, y aun así, no es la señora condesa quien lo ha pedido, puesto que deja en libertad a vuestra señoría para que hoy mismo descargue el golpe.

—Preciso será creer que está decidida a sacrificarse.

—Y lo hará si no la contienen sus hijos.

—Esperemos, Andrés.

—Aguardaremos.

— ¡Entretanto, mucha prudencia, mucha vigilancia!

—No me descuidaré un solo instante.

—Te prohibo salir a ninguna hora hasta que el asunto quede resuelto.

—Pero si sale vuestra señoría, le acompañaré, porque es posible que intenten alguna alevosía.

—No saldré hasta mañana para ir a ver a la condesa; he cambiado de resolución.

— ¡Bien pensado!

— ¡Déjame, que quiero reflexionar!

No deseaba el sirviente continuar la conversación, sino que, por el contrario, quería estar solo para meditar. Era inútil que cavilase, porque siempre encontraba el mismo resultado. El comendador, según su propósito, no dijo a María una sola palabra sobre aquel repentino cambio de situación. Tampoco la infeliz joven pensaba dirigir a su padre ninguna pregunta. Sufría silenciosamente, sin exhalar una queja, a pesar de que su salud empezaba a quebrantarse. Los dejaremos, esperaremos que llegue la noche, y volveremos en busca de la condesa.

CAPITULO CX

La condesa sigue poniendo en práctica su resolución y el conde la suya

A las ocho de la noche hablaba la condesa con su hijo Leandro.

—Madre mía—decía éste con triste tono—, acordaos de vuestra promesa.

—No la olvidaré.

—Ya que por vuestra honra me sacrifico, no quiero

que conozca vuestra desgracia ni aun la mujer a quien tanto amo.

—Ten confianza en tu pobre madre.

Un penoso suspiro exhaló el joven. Quedó silencioso. ¿Qué había de decir que expresara con exactitud lo que sentía? Su sufrimiento no puede compararse con nada. Preguntábase sin cesar si Consuelo podría soportar aquel terrible golpe. Si lo soportaba, su vida sería un tormento, el más espantoso.

Nosotros sabemos que la condesa pensaba hacer todo lo contrario de lo que había prometido, pues no había cambiado de resolución. Revelaría su secreto, y aseguraría a la joven que, más o menos tarde, sería esposa de Leandro. Empero nadie temía el mayor de los peligros que a Consuelo amenazaban; y decimos que nadie, porque, a pesar de los avisos y observaciones del señor Policarpo, Querubín había empezado a tranquilizarse, creyendo que si el conde de Rocanegra preparaba algún nuevo golpe no le daría tan pronto, y que, por consiguiente, habría tiempo para adoptar una precaución. Lo que debía suceder era que los miserables pagados por el conde caerían sobre Consuelo después de que ésta hubiese escuchado las revelaciones de la condesa. Poco más hablaron ésta y su hijo, aunque no pensaron en separarse hasta las nueve, hora en que la primera dijo:

—¡Llegó el momento!

—Os acompañaré, madre mía.

—¡No!

—¿Con quién iréis?

—Con Lucía, que esperará en el aposento de Policarpo mientras yo hablo con Consuelo.

—Bien; pero desde aquí a la Costanilla...

—Quiero que te quedes.

—¡Es una imprudencia!

—¡Déjame, Leandro!

— ¡Obedeceré!

— ¿No han de venir tu hermano y el señor de Guvara ?

— Sí.

— Pues debes esperarlos.

— Aquí nos encontraréis.

— Aunque yo tarde en volver, nada temas.

La condesa se envolvió en un manto. Su doncella estaba ya prevenida. La madre y el hijo se abrazaron. Sentíanse ahogados y no podían articular una sílaba. Separáronse. Las dos mujeres salieron. La infeliz madre aspiró con avidez el aire libre. Bien horrible era, por cierto, el sacrificio que iba a consumir. Rápidamente avanzaron; pero muchas veces se detuvieron, porque la condesa apenas podía respirar. Sus miembros temblaban convulsivamente, y la agitación de su espíritu era cada momento más violenta. ¡Desdichada! Tuvieron la fortuna de que fuesen pocos y pacíficos los transeuntes que encontraron. Más de media hora tardaron en llegar a la costanilla. Como el sastre había recibido ya instrucciones de Leandro, esperaba en el portal, y las dos mujeres entraron inmediatamente en la casa. Subieron sin llevar luz, para evitar que observasen los vecinos curiosos. Detuviéronse a la puerta del cuarto de las dos pobres mujeres, y el señor Policarpo llamó.

— ¿Quién es ?—preguntó Consuelo acercándose al ventanillo.

— ¡Abre sin cuidado!—respondió el sastre.

Con tanto temor como ansiedad esperaba Consuelo aquella visita, que misteriosamente le había anunciado su vecino. La puerta se abrió, dejando ver la encantadora figura de la joven. Entró la condesa.

— Ahora por aquí—dijo el señor Policarpo a Lucía.

Y ambos se alejaron mientras la puerta se cerraba. Ya sabemos qué clase de escena debía tener lugar, y, por

consiguiente, no fatigaremos al lector con narraciones inútiles. En cuanto al resultado, no era dudoso. Cuando Consuelo conociera el secreto de la condesa, haría lo mismo que su hermana, y se negaría terminantemente a aceptar el sacrificio; pero de nada serviría su abnegación cuando al día siguiente supiera todo el mundo lo que hasta entonces ignoraba. Como hija, sufriría también Consuelo, pues le sería preciso reconocer que su padre era un miserable. Una vez terminada aquella escena, la condesa y Lucía saldrían como habían entrado. Esto era todo lo que entonces debía suceder; por consiguiente, dejaremos que pase una hora, y veremos cómo el conde se preparaba y cómo los asesinos llevaban a cabo la criminal empresa. Dieron las once menos cuarto. La vieja, que se encontraba en su habitación, se levantó y dijo:

—¡Pronto deben de llegar!

Tomó una llave, salió al patio y escuchó, sin percibir el más leve ruido. Era absoluta la oscuridad. Fue al portal y entreabrió la puerta. Pocos minutos después llegaron tres hombres.

—¡Aquí estamos!—dijo uno de ellos con ronca voz.

—¡Buenas noches!—respondió la vieja.

—¿Ya es hora?

—Entrad en mi aposento y esperad que venga el señor por si tiene a bien dar otra orden.

—Cuanto más pronto acabemos, mejor.

—No tardará.

Los tres criminales entraron en la casa, y luego en la habitación de la vieja. Transcurrieron otros cinco minutos. Llegó un hombre, que, aunque envuelto en una ancha capa, fue inmediatamente reconocido por la vieja, la cual dijo:

—Dios guarde a vuestra señoría.

—¿No ha venido esa gente?

—Esperando están, pues son puntuales.

—Lo que más importa es que sean valerosos.

—Escrito lo llevan en la cara, y pronto ha de convenirse vuestra señoría.

—¡Pues concluyamos!

—Sígame vuestra señoría, que no he sacado luz porque temo a los vecinos.

—¿No hay ninguna novedad?

—Hace como hora y media que sentí pasos de gente que entraba como con cautela.

—¡Vive Dios!

—Y poco antes de que yo abriese, sonaron otra vez pasos de dos o tres personas que salían; pero esto nada tiene de particular, pues aquí viven algunos hombres de conducta sospechosa y que se recogen bastante tarde o salen a media noche.

—¡No retrocederé!

La bruja cerró la puerta. Pocos minutos después entraba en su aposento con el conde.

CAPÍTULO CXI

Se consuma el abuso

Nada más repugnante que el aspecto de los tres bandidos que debían ayudar al conde. No era menester más que mirarlos para convencerse de que cometerían con glacial indiferencia el más horrendo de los crímenes. Quedaba probado que la vieja hipócrita tenía las mejores relaciones. El conde fijó una mirada de desdén profundo en aquellos tres miserables, que estaban inmóviles y esperando la señal para cumplir lo que habían prometido. Después de algunos instantes, el conde preguntó:

—¿Estáis ya dispuestos ?

—¡Y deseando concluir!—respondió uno de los bandidos.

—¿Habéis comprendido bien de qué se trata ?

—Entraremos, echaremos mano a la joven, y sin permitirle gritar, la traeremos.

—¿Disponéis de medios para introducirnos en la habitación ?

—Ya hemos preparado cuanto es menester, y en el bolsillo va la llave con que hemos de abrir.

—¡Muy bien!

—El golpe lo daremos; lo que después suceda...

—Es cuenta mía.

—En cuanto a la recompensa...

—La recibiréis sin dilación.

—¡Pues ya está todo hablado!

—¡Manos a la obra!

Los tres bandidos salieron al patio en compañía de la vieja, que dijo:

—Aquí os esperaré.

—¿Y tú nos darás el dinero ?

—Sí, porque ya está en mi bolsillo.

No hicieron más observaciones. Silenciosos como sombras, paso entre paso y con el oído atento, atravesaron el patio. Subieron la escalera, siguieron por el corredor, y se detuvieron a la puerta del cuarto de las dos pobres mujeres. Escucharon, percibiendo el ruido de una voz agitada y como ahogada por los sollozos. Debía de ser la voz de Consuelo, que hacía comentarios sobre su nueva situación, o que intentaba consolar a su infeliz madre. Mucho atrevimiento necesitaban los bandidos para cometer el abuso, cuando la madre y la hija estaban despiertas; pero tenían la ventaja de que la primera no podía moverse ni gritar, y, por consiguiente, todas sus fuerzas podrían emplearlas contra la joven.

¿Había salvación para Consuelo? Ninguna. Uno de los bandidos sacó la llave con que se había preparado. Para franquear la entrada no necesitaban más que levantar el picaporte, lo cual era muy fácil, aun sin contar con el auxilio de una ganzúa. Percibióse un sonido leve, muy leve. Pocos momentos después la puerta giraba sobre sus goznes. Vióse el pasillo oscuro, a cuyo final había una puerta que daba entrada al aposento donde estaban las dos mujeres, en el cual había luz. Los criminales distinguieron como unas sombras o bultos informes. No temían cometer un error aun cuando se quedasen a oscuras, puesto que Consuelo sería siempre reconocida porque se movía y andaba, lo cual no podía hacer su madre. Los tres asesinos estaban ya de acuerdo en todos los detalles, y, por consiguiente, no debían vacilar. Habían preparado convenientemente un pañuelo con nudos para tapar la boca a su víctima. Avanzaron por el pasillo, llegaron a la otra puerta, y se detuvieron.

Consuelo debió advertir el peligro, porque resonó un grito de terror. Vióse confusamente el bulto de una persona que se movió como queriendo huir, y que en su turbación fue a tropezar con la mesa, haciendo caer el velón y apagando la luz.

—¡Rayos!—gritó uno de los asesinos.

—¡Silencio, si no queréis morir!—añadió otro.

Y los tres se lanzaron en las tinieblas extendiendo los brazos, mientras otro grito resonaba. No puede describirse aquella escena. Uno de los criminales dejó escapar una exclamación de alegría. Acababa de encontrar una mujer que intentaba huir aprovechándose de la oscuridad y la confusión.

—¡A mi lado!—dijo el miserable.

Y con una mano asió por la garganta a la infeliz. Los otros dos acudieron. Entablóse una lucha de deseo

peración, lucha desigual, cuyo resultado no era dudoso. ¿Qué había de hacer aquella infeliz contra tres hombres fuertes y sin conciencia? Sin embargo, se defendía porque así se lo mandaba su instinto, porque así cumplía un deber. Si la noche que la llevaron a la casa de campo no se defendió Consuelo, fue porque estaba convenido que no opusiera resistencia; pero la situación había cambiado completamente. No podía gritar la joven, porque siempre se sentía medio ahogada por las duras manos de los asesinos. Con el ruido sordo de aquella lucha tenaz confundíase el de los gemidos que exhalaba la señora Mariana. Empero ésta nada podía hacer; ni siquiera acercarse a su hija. De vez en cuando se oían los juramentos y blasfemias que proferían los tres bandidos. No habían podido sospechar que tuviese tantas fuerzas una mujer, pues no contaban con la energía de la desesperación. Sin embargo, la pobre víctima debía sucumbir muy pronto. Consiguieron al fin sujetarla, y a manera de mordaza le pusieron el pañuelo anudado. Lo más difícil estaba hecho.

—¿Y ahora?—dijo uno de los asesinos.

—La llevaremos—respondió otro.

—Y si otra vez intenta resistir...

—¡Peor para ella, pues ya ha visto que nada consigue!

Convencida debía de estar la desdichada víctima de que nada podía conseguir, pues no hizo el más leve movimiento.

—Si quieres venir por tu pie, será mejor para ti.

—Y si no quieres te llevaremos en brazos.

—¡Vaya; levántate, paloma!

La joven se puso en pie.

—¡Así me gusta!—dijo uno de los criminales—
¡Cuando es preciso hacer una cosa se hace! ¡El día que hayan de ahorcarme, lo cual ha de suceder, no co-

meteré la tontería de resistir, sino que iré muy garbosamente, y ya que no otra cosa, me evitaré algunas molestias!

Continuaba gimiendo la señora Mariana; pero no se cuidaron de ella.

—¡Vamos, hermosa!—dijo uno de los bandidos.

La joven avanzó entre aquellos tres miserables. Salieron de la habitación. Tampoco entonces se percibía en la casa el menor ruido. Atravesaron el corredor, bajaron, siguieron por el patio, y llegaron bien pronto donde la vieja los aguardaba.

—¡Ah!—exclamó ésta— ¡Sois hombres de provecho!

—¡El dinero!

—¡Esperad!

—¡Ni un solo instante queremos permanecer aquí!
¡Ya hemos cumplido fielmente nuestro deber!

—¡Tomad, tomad!—dijo la vieja.

Y entregó un bolsillo a los criminales.

—¿Está aquí la cantidad convenida?

—En buenas monedas de oro y sin faltar un maravedí.

—¡Pues que el diablo te proteja!

No hablaron más. Alejáronse, dejando a la víctima en poder de la bruja, que entonces dijo:

—Hija mía, has de alegrarte de lo que ahora te parece un mal. Ya debes considerar hecha tu fortuna. Si conocieras bien el mundo, desde el primer instante hubieras complacido al noble señor que se muere por ti.

Como dos luces fosfóricas relumbraron los ojos de la joven.

La vieja añadió:

—Por tu bien te aconsejo que dejes complacido al señor conde, pues de todas maneras has de ser suya; así te evitarás muchos disgustos y sacarás mayor provecho.

Debía esperar con impaciencia el conde, y compren-

diéndolo así la bruja, no hizo más observaciones, sino que cogió una de las manos de Consuelo, para llevarla al lado de su seductor. Las fuerzas de la joven debían de haberse agotado, puesto que ni siquiera intentó huir. La desdichada apoyábase en la pared mientras escuchaba a la bruja. Lo que debía de sufrir la joven no puede concebirse. ¿Qué sería de su madre? Era lo más probable que la señora Mariana no pudiera soportar aquel terrible golpe. Y nadie llegaba a socorrer a la pobre víctima. Aun cuando Querubín se presentase, nada se conseguiría, puesto que era imposible que adivinara que a Consuelo la habían dejado en la casa. Por el contrario, el mancebo debía creer que se la habían llevado y que tal vez la habían sacado de Madrid. No podía la señora Mariana hablar; pero, aun hablando, tampoco hubiera podido decir más sino que se habían llevado a su hija. El conde estaba ya dispuesto a cometer toda clase de abusos. Había dado el primer paso, y daría el último sin vacilar. Si nada conseguía por medios suaves, apelaría a la violencia aquella misma noche. El miserable había jurado no volver a su casa sin que Consuelo fuese suya, y cumpliría su juramento. Ante ninguna consideración se detendría, porque ya de su cabeza había se apoderado el vértigo.

Dejóse Consuelo llevar. Guiada por la vieja, atravesó un oscuro pasillo.

Preciso es que la dejemos por algunos minutos, para referir otra escena que entretanto tenía lugar en la misma casa.

CAPÍTULO CXII

Cambio de personas

Preciso es que vayamos explicando la situación extraña y comprometida que se presentaba. Debe recordarse que Lucía se fue con el señor Policarpo para aguardar a que la condesa hablara con la madre y con la hija. Por espacio de más de media hora aguardó silenciosamente la doncella, lo cual era inconcebible, pues no podía en ningún caso estar callada más de cinco minutos. Silencioso estaba también el buen sastre, pues, aunque era hablador, tenía mucho en qué pensar, y no quería tampoco parecer indiscreto. Después de mirar a todos lados y de cambiar cien veces de postura, la doncella, sin poder contenerse, dijo:

— ¡Empiezo a tener miedo!

— ¿Por qué? — preguntó el señor Policarpo.

— Mi noble señora tarda; y como tenemos que atravesar las calles sin ninguna defensa ni compañía...

— Podéis disponer de mí; porque, en caso necesario, aunque de valor no me precio, sabré dar la vida por vuestra ilustre señora.

— Y si el señor conde llega a saber...

— No; porque nadie ha de decirle que habéis honrado esta casa.

— ¿No os parece que ya mi noble señora debía haber concluído la conferencia?

— ¿Qué he de decir de lo que no entiendo?

— Yo tampoco sé de qué se trata; pero...

— Nuestro deber es esperar.

Hizo Lucía un gesto de disgusto, porque no había conseguido que el sastre le diese explicaciones. Otra vez

quedaron silenciosos. De repente la doncella se estremeció.

—¿No habéis oído?—preguntó.

—Sí—dijo el señor Policarpo, que empezaba a ponerse pálido como un difunto—. Me parece, aunque no puedo asegurarlo...

—¡Un grito!

—¡Oh!

—¿Ha sobrevenido una nueva desgracia? ¡El corazón me lo decía, y!...

—¡Escuchemos!

—Me parece que algo más debemos hacer.

—¡Callad!

El señor Policarpo se acercó a la puerta y se inclinó. Ya no percibió ruido alguno.

—¡Me tranquilizo!—dijo después de algunos momentos.

—Pues yo no.

—¡Hay calma completa!

—¿Y el grito?

—¡Nos habremos equivocado!

—Señor Policarpo, nuestro deber es averiguar si algo le ha sucedido a mi noble señora o a nuestra protegida.

—¡Dios me libre de cometer semejante imprudencia!

—Pero...

—Si necesitasen nuestro auxilio llamarían.

—¿Y si no pueden?

—¡Bah! Una mujer puede siempre gritar aunque esté muerta.

—Pues bien; si vos no vais...

—Vos tampoco.

—¿Me lo impediréis?

—Sí, porque es preciso cumplir con toda exactitud las órdenes de la señora condesa.

Quiso la doncella insistir; pero el señor Policarpo

se mostró inflexible, y mientras disputaban y hacían comentarios sonaron algunos golpes dados a la puerta de la habitación.

—Ya lo veis—dijo entonces el sastre—, aquí está vuestra señora.

Y abrió.

No era la condesa, sino Consuelo. Pálido y violentamente contraído estaba el rostro de la joven. Su respiración era trabajosa y desigual. Bastaba el primer golpe de vista para comprender que algo muy grave sucedía.

—¡Dios me asista!—exclamó el señor Policarpo, que tenía menos valor que Lucía.

—¿Y mi señora?—preguntó ésta.

—¡No levantéis mucho la voz!—replicó la hija de la señora Mariana.

—Pero, ¿qué sucede?—repuso el sastre— Estáis muy agitada, y como antes nos pareció que había sonado un grito...

—Porque no pude dominarme; pero después he guardado silencio. ¡Oh! ¡Al fin el miserable ha consumado o querido consumir el abuso!

—¡Voy corriendo en busca de mi señora!

—Sí; venid, pero silenciosamente. Os quedaréis en compañía de mi pobre madre, o más bien...

Consuelo se interrumpió, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Lucía y el señor Policarpo, más impacientes cada momento, no pudieron dominarse y preguntaron otra vez:

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—Algunos hombres, no sé cuántos ni cómo, han penetrado en nuestra habitación cuando la señora condesa acababa de darnos las explicaciones que le habían parecido convenientes.

—¿Algunos hombres?

—Al verlos retrocedí; tropecé con la mesa, cayó el velón, y se apagó la luz.

—¡Horror!

—Me buscaban, y, sin duda, creyeron que nadie me acompañaba más que mi madre, pues se apoderaron de la señora condesa.

—¡Estamos perdidos!

—Y se la han llevado mientras yo he venido.

—¿Qué va a ser de nosotros? ¡Dios mío!—exclamó Lucía empezando a temblar.

—Aun estoy aturdida—dijo Consuelo—; pero empiezo a creer que la Providencia nos ha protegido.

—Para vos es una gran fortuna haberos librado de esa gente; pero mi noble y desgraciada señora...

—Esos miserables deben de estar pagados por el conde.

—¡Ahora comprendo lo de la visita a la vieja!—dijo el señor Policarpo.

—Debemos suponer que a la señora condesa la han llevado adondequiera que su esposo se encuentre esperándome, y cuando conozca la equivocación...

—¡Si conocieseis al señor conde, temblaríais!

—De todas maneras es necesario adoptar una resolución.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Una idea se me ocurre.

—Decid.

—El señor Policarpo se quedará en nuestra compañía.

—¿Y, yo?—preguntó la sirvienta.

—Iréis a dar aviso a don Leandro, que se encuentra en vuestra casa, según me ha dicho la señora condesa.

—¿Y luego?

—Nuestros amigos decidirán.

—De todas maneras, yo he de salir perdiendo, pues

el señor conde no ha de perdonarme el haber tomado parte en esta intriga.

— ¡Corred, que no es ésta la ocasión de hacer comentarios ni observaciones!

Tan aturdido se sentía el señor Policarpo, que no acertaba a pronunciar una palabra.

Los tres salieron de la habitación. El honrado sastre acompañó a Lucía hasta el portal, y ésta corrió cuanto pudo para volver a su casa y dar parte del suceso a don Leandro. Cuando el señor Policarpo volvió al aposento de las dos mujeres, encontró a la pobre madre lívida y temblando. Sufría doblemente la infeliz Mariana, porque no podía explicar lo que sentía. Aun no había adivinado el sastre que la condesa se encontraba en la habitación de la bruja. Consuelo no podía sobre este punto hacer deducciones, porque nada le habían dicho de las visitas del conde al cuarto bajo. Con ansiedad creciente esperaban que llegase Leandro. Ya conocía la joven el terrible secreto de la condesa, y esto era un motivo más de sufrimiento.

El señor Policarpo iba y venía por la habitación haciendo gestos y prorrumpiendo en exclamaciones dolorosas. Estaba poseído de terror profundo, pues creía firmemente que el conde le aniquilaría sin compasión. No sufría menos aquella noche que la en que le llevaron a la casa de campo, encerrándole y amenazándole con la muerte.

¿Cuál sería el desenlace de aquella extraña situación? La que de todas maneras debía considerarse perdida era la condesa, pues su desgracia no tenía remedio. Después que se conociera su deshonra, le sería imposible quejarse del proceder de su esposo, pues no tenía derecho a acusarle por haber faltado a sus deberes cuando ella olvidaba los suyos.

CAPÍTULO CXIII

Los efectos de la sorpresa

Volveremos al cuarto bajo.

Al llegar a la puerta de la habitación donde el conde esperaba con ansiedad creciente, la vieja se detuvo y dijo:

—Entra, porque su señoría te quitará el pañuelo. No olvides que si das un solo grito, te verás otra vez amorozada y sujeta de pies y manos; y como al fin ha de suceder lo que el señor conde quiere... No necesito decirte más, porque debes de entenderme.

Retrocedió la vieja. La condesa—puesto que ya sabemos que era ella—dio algunos pasos y se detuvo. Su rostro estaba lívido y descompuesto. No puede explicarse lo que expresaban sus ojos en aquellos momentos terribles. Apenas se había separado de la vieja, como tenía las manos libres, se quitó el pañuelo. El ruido de sus pasos hizo volver la cabeza al conde, que exclamó:

—¡Ah! ¡Por fin eres mía!

No pudo proseguir, porque reconoció a su esposa. ¿Qué pasó en el alma del conde en aquellos momentos? No es posible concebirlo. Quedó inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos y fija la mirada. Hubiérase dicho que se había petrificado. Empezó a enrojecer su rostro hasta el punto de que parecía que la sangre iba a brotar. En el interior de su pecho resonó como un sordo rugido. La sorpresa había sido verdaderamente terrible.

Inmóvil también como una estatua permaneció la condesa.

El silencio era casi absoluto; no se percibía otro ruido que el de la respiración violenta y desigual de los

dos esposos. Transcurrieron algunos minutos, que debieron de parecerles siglos. La condesa fue la que habló primero para decir:

—Esto debía suceder, puesto que no era posible que Dios permitiese la consumación del crimen que habéis intentado; pero no os turbéis, caballero, porque si me encuentro aquí no es por mi voluntad, ni con la intención de quejarme o reconveniros. He venido a esta casa para cumplir un deber, y ya veis cómo el Omnipotente ha dispuesto que mi presencia sirva para que se salve la que ha de ser esposa de vuestro hijo.

—¡Oh!—murmuró el conde con voz ronca.

Y se pasó las manos por la frente, que empezaba a inundarse de frío sudor, en tanto que su rostro se desfiguraba.

La condesa se oprimió el pecho y repuso:

—Sí; esposa de vuestro hijo será esa infeliz.

—Señora—interrumpió el conde haciendo un esfuerzo sobrehumano—, ¿no tenéis miedo a mi cólera?

—¡Miedo!—exclamó la condesa con tono de amargura desgarradora— No, caballero; nada puedo temer, porque la muerte sería para mí la mayor de las felicidades. Si conocieseis con exactitud la situación, si penetraseis en lo más recóndito de mi alma, no os tomaríais la molestia de reconvenirme. Preciso es que todo lo sepáis, porque ha llegado el momento terrible en que todos los misterios deben de ponerse en claro. Sufriréis mucho; pero yo he sufrido más, y aún he de sufrir lo que apenas concebir se puede. Esa desgraciada a quien intentáis arrebatar el honor es hija del comendador Saavedra.

—¡Hija del comendador!

—Sí.

—¡Oh!

—Ahora empezaráis a comprender lo que antes no tenía explicación satisfactoria.

Quiso el conde replicar; pero no pudo. Dio un paso hacia su esposa, y se detuvo mientras vacilaba su cuerpo. Restregóse los ojos, porque le parecía que la luz empezaba a oscurecerse. Sentía una pesadez muy parecida a la que produce la embriaguez. Costábale mucho trabajo guardar el equilibrio, y convenciéndose al fin de que le sería imposible sostenerse, se dejó caer en una silla. Frío sudor seguía corriendo por su frente. Sus ojos se abrían más y más, y sus pupilas se dilataban. Respiraba con mucha dificultad.

No era posible que la condesa reparara en todos estos detalles, porque la infeliz estaba profundamente trastornada. Había decidido confesar inmediatamente su falta, y es fácil comprender lo que había de costarle semejante confesión.

En el interior del pecho del conde continuaba resonando como un sordo rugido.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablara. También la condesa tuvo que sentarse, porque sus fuerzas se agotaban por momentos. La cólera del conde se encendía más y más. Por fin la desdichada esposa rompió el silencio para decir:

—Mis hijos han querido sacrificarse generosamente por mí; pero yo no acepto el sacrificio y cumplo mi deber aceptando todas las consecuencias de mi falta.

—¡No os comprendo!—murmuró con voz oscura el conde.

—Bien pronto me entenderéis.

—¡Ahora, idos; dejadme en paz!

—¡No!

—¡Os lo mando; soy vuestro esposo!

—Me escucharéis ahora.

—¡Salid!—gritó el conde, cuyos ojos se inyectaron en sangre.

—¡No!—replicó su esposa con firmeza.

Entonces el caballero, reuniendo todas sus fuerzas, quiso levantarse; pero volvió a caer pesadamente sobre la silla. Murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse. Su rostro se desfiguró más y más.

—Sí—repuso la condesa—, me escucharéis, para conocer el terrible secreto de mi vida; me escucharéis para convenceros de que es absolutamente imposible que vuestra impura pasión se vea satisfecha. Dentro de algunas horas nos habremos separado para siempre, y esto no puede suceder sin que quede en claro nuestra respectiva situación. Pero no temáis que os pida cuenta de vuestro proceder, sino que, por el contrario, voy a darla del mío: no soy el juez que acusa, sino el reo que aguarda la sentencia; y si determinaseis acabar con mi vida, me veríais bendecir vuestra mano, porque la paz del sepulcro es lo único que anhelo. Yo he cumplido mi deber, y en un plazo más o menos largo podrán ser dichas las criaturas inocentes a quienes tanto amo. ¿Qué me importa lo demás? ¡Dios perdone a los que han sido causa de mis desdichas; Dios les perdone, como yo les he perdonado con toda mi alma!

Mientras así hablaba la condesa, continuaba inmóvil su esposo. ¿Entendía lo que estaba diciéndole? Debe suponerse que no.

Ya iba la condesa a confesar su falta, cuando fue interrumpida por algunas voces que sonaron en el pasillo. ¿Qué sucedía? Iremos a verlo, para comprender lo que tenemos que referir.

CAPÍTULO CXIV

Cómo se resolvió la situación

Según dijimos, Luisa corrió, y encontró, no solamente a Leandro, sino a Querubín y al señor de Guevara, a los cuales refirió con brevedad lo que acababa de suceder.

No es posible explicar el efecto que produjeron las palabras de la doncella. Como impulsados por un solo resorte, el señor de Guevara y los dos jóvenes se pusieron en pie. El primero empezó a jurar y a maldecir, diciendo que ya no escucharía consejos prudentes y que acabaría aquel endiablado enredo con la espada. Leandro y Querubín se horrorizaron al pensar lo que podía suceder en los primeros arrebatos de cólera del conde. No pensaron entonces más que en proteger a su desgraciada madre, y sin detenerse a conferenciar, exclamaron:

— ¡Vamos, vamos!

No dijeron más. Los tres salieron y corrieron hacia la costanilla de Santiago. A medio abrir estaba la puerta de la casa. Durante el camino, el astuto Querubín había reflexionado en cuanto le fue posible y adivinó que la condesa se encontraba con su esposo en la habitación de la miserable bruja; pero quiso hablar ante todo con las dos mujeres. Subieron, y las encontraron en compañía del señor Policarpo y trastornadas por el terror. No necesitaban perder el tiempo dándose explicaciones; por consiguiente, Querubín se concretó a preguntar:

— ¿Hay alguna otra novedad ?

— Ninguna—respondió Consuelo.

— Pues seguidme.

— Pero ¿ adónde vais ?

—En esta misma casa está la condesa.

—¡Rayos y truenos!—gritó el señor de Guevara—
¡No te equivocas, hijo mío! ¡Soy un estúpido, pues he
debido pensar en lo que estos días ha observado el se-
ñor Policarpo!

—¡Vamos, vamos!

Y sin darse apenas cuenta de lo que hacían corrieron
a la habitación de la vieja. Consuelo y el sastre los si-
guieron, sin pensar que dejaban sola a la señora Ma-
riana. Pocos momentos después se encontraban con la
bruja, que quiso cerraes el paso.

—¡A un lado!—exclamó Querubín.

—¿Quién sois y adónde vais?—se atrevió a decir la
vieja.

—¡Fuego de Satanás!—gritó fuera de sí el señor de
Guevara.

Y sin poder contenerse cayó sobre la hipócrita mendi-
ga, la asió por el cuello, la sacudió rudamente y la arro-
jó con gran violencia. La desdichada exhaló un gemido
y cayó sin conocimiento o sin vida. Un grito de horror
lanzó Consuelo. El señor Policarpo temblaba y se sen-
tía desfallecer. La escena era doblemente horrible en
medio de aquella oscuridad. Empujaron violentamente
la puerta, entraron, y se encontraron frente a los dos
esposos.

La condesa se puso en pie, exclamando:

—¡Salid!

El conde intentó levantarse, rugió sordamente, y luego
quedó inmóvil. Acababa de perder el conocimiento.

Reinó entonces un silencio pavoroso, solamente inte-
rrumpido por la respiración trabajosa y desigual de
aquellas criaturas. Parecía que todos se habían petrifica-
do. No había mirada que no fuera profundamente som-
bría. No había rostro que no estuviese lívido, contraído
y desfigurado. ¿Qué sentían? Ni puede explicarse, ni

podría comprenderse. Todos ellos se sentían poseídos de terror. Por primera vez en su vida temblaba Querubín. Y el señor de Guevara se sentía anonadado. Y, sin embargo, aún no habían podido apreciar con exactitud la situación, pues a ninguno de ellos se le había ocurrido sospechar que era gravísimo el estado del conde. Leandro y Querubín no pensaban más que en sacar de allí a su madre, para evitar que la situación se hiciera más crítica. Por su parte, la condesa no tenía empeño en dar inmediatamente explicaciones a su esposo, pues, a lo que parecía, éste no podía entonces apenas comprenderla. Consuelo fue la primera en adoptar una resolución; acercándose a la condesa, le dijo con tono suplicante:

— ¡Señora, en nombre del amor que profesáis a vuestros hijos, venid!

— ¡Sí, madre mía—dijo entonces Leandro—; salgamos de aquí! Todos necesitamos reflexionar, recobrar la calma y adoptar luego una resolución.

— ¡La mía es irrevocable!

— ¡Bien; pero venid!

— ¡Vamos!

Ya no opuso la infeliz madre resistencia; con pasos inseguros salió en compañía de Leandro, Querubín y Consuelo, quedando allí el señor de Guevara y el sastre. Cuando estuvieron en el patio, dijo la hija de la señora Mariana a su amante:

— Acompañad a vuestra madre, en tanto que nosotros cuidamos de vuestro padre.

— Parece que ha perdido el conocimiento.

— Creo que sí; pero descuidad, que cumpliremos nuestro deber.

— No puedo quedarme, tampoco quiero irme, y...

— Pronto os enviaremos noticias—replicó Querubín.

No hablaron más, porque todavía eran confusas sus ideas. Leandro y su madre salieron de la casa. Entretanto

to el señor de Guevara había querido dirigir la palabra al conde; pero éste no respondía ni hacía el más leve movimiento.

— ¡Mil rayos! — exclamó el señor de Guevara — ¿Qué le sucede? Se ha desmayado, y... ¡Por Satanás! ¡Parece que los ojos se le van a salir, y los tiene ensangrentados! ¡Cien legiones! ¡La situación es seria, muy seria! ¡Este hombre es un miserable; pero como yo no soy ningún desalmado, cumpliré mi deber!

Y esto diciendo, dio un paso hacia la puerta, a tiempo que otra vez se presentaban Consuelo y Querubín.

— ¡Un médico; ante todo, un médico! — dijo el señor de Guevara.

— ¿Un médico?

— ¡Vive Dios! Mucho me equivoco, o el conde se nos va a quedar muerto entre las manos.

— ¡Muerto! — exclamó el sastre con un acento de horror profundo — ¡Muerto! ¡Dios bendito! ¿Qué va a ser de nosotros?

— ¡Corred, señor Policarpo! ¡Cumpliremos nuestro deber, que siempre será tiempo para que yo mate al conde!

— ¿Y adónde he de ir?

— ¡Mil rayos! ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

— Creo que sería más acertado llevarle a su casa, porque aquí acudiría la justicia, y como, según parece, también ha quedado sin vida la vieja, Dios sabe lo que tendríamos que sentir. Además, nos pedirían explicaciones, y para darlas tendremos que hablar de asuntos que deben estar muy reservados.

No había duda de que el señor Policarpo discurría muy bien en aquella ocasión, pues, en realidad, lo más conveniente era llevar al conde a su casa, evitando así que se hicieran públicos aquellos secretos que tanto im-

portaba guardar, siquiera fuese por la honra de las mujeres que tan importante papel representaban en aquel drama.

Ni Querubín ni el señor de Guevara podían apreciar con exactitud el valor del tiempo que se perdía.

El trastorno del conde era producido por una congestión, y debía considerarse un tesoro cada minuto que se perdía sin acudir al remedio. Probablemente, cuando llamasen al médico ya sería tarde.

Con la mejor buena fe, con el mejor deseo, Querubín y el señor de Guevara creyeron que debían seguir el consejo del señor Policarpo. Ofrecíanse muchas dificultades; pero no era imposible vencerlas. Ante todo, y para comprender hasta qué punto había de complicarse la situación, el señor de Guevara salió con la luz, que acercó a la vieja, la cual continuaba sin dar señales de vida. Esto era una razón más para alejarse de aquella casa. Ya no perdieron un instante. Colocaron en un colchón al conde, recomendaron a Consuelo que permaneciese en su habitación, y entre el señor Policarpo, Querubín y su protector cargaron con el enfermo.

Si encontraban una ronda, debían considerarse perdidos. Dios quiso protegerlos. Las calles estaban solitarias y oscuras. Mirando a todos lados y con el oído atento avanzaron tan rápidamente como les fue posible. Veinte minutos después se encontraban en la calle del Barquillo. Apenas llamaron, abrió Perico la puerta de la casa del conde, y pocos momentos después la condesa y Leandro conocían la verdad horrible de la situación. Pusieronse en conmoción todos los habitantes de la casa. Fueron en busca del médico. Querubín y el señor de Guevara no quisieron permanecer allí, porque querían acudir al lado de Consuelo y de la señora Mariana, y así lo hicieron en compañía del señor Policarpo.

Cuando entraron en la casa de la costanilla, su pri-

mer cuidado fue buscar a la vieja; pero ésta había recobrado el conocimiento y ya se había refugiado en su habitación.

La cuestión principal no estaba todavía resuelta, puesto que, a pesar de lo que había sucedido, la infeliz condesa debía ser la víctima y sufrir por todos.

¿Cumpliría su terrible amenaza el comendador? Desde luego podemos decir que no se detendría para revelar el secreto al conde.

CAPÍTULO CXV

El comendador pierde la última esperanza

A las nueve de la siguiente mañana el comendador Saavedra se vistió para salir, sin querer escuchar a su hija, que había pedido hablarle.

—¿He de acompañar a vuestra señoría?—le preguntó Andrés.

—Sí, porque voy a descargar el último golpe si la condesa se obstina.

—Creo que habrá cambiado de opinión.

—Así lo creo yo también; pero, de todas maneras, estoy firmemente resuelto a concluir este asunto de una vez y ahora mismo.

No acababa de recobrar la tranquilidad el criado. Ambos ignoraban lo que había sucedido la noche anterior. Apenas entraron en la morada del conde, se les presentó Perico.

—Necesito ver a la señora condesa—dijo el comendador.

—Será difícil—respondió el criado.

—¿Por qué?

—Porque, con lo que sucede, creo que mi noble señora no tendrá el ánimo para recibir visitas.

—¿Pues qué es lo que sucede?

—Que mi noble señor se puso anoche repentinamente enfermo: le trajeron sin sentido, y el médico dice que no hay remedio humano.

—¡Oh!

—Si Dios no hace un milagro en todo el día de hoy, tendremos que llorar una gran desgracia, porque ya mi noble señor ha perdido el habla, y la vista, y el oído, y por más que le sangran y hacen otras muchas cosas, nada consiguen; de manera que ni confesar ha podido, y sólo recibirá la Extremaunción, lo cual para los buenos cristianos es nueva y mayor desdicha.

Inmóvil y mudo quedó el anciano. Densa palidez cubrió su rostro. El de Andrés se contrajo violentamente, en tanto que de sus ojos se escapaba un relámpago de desesperación.

Si el conde había perdido el conocimiento y no lo recobrabá, el comendador no podía vengarse dándole a conocer la debilidad de su esposa. Esto era horrible para el miserable don Pedro. Sintióse profundamente trastornado. Hizo un esfuerzo, y dijo después de algunos minutos:

—¡Preciso es que me reciba vuestra señora; avisadla!

—Lo haré.

Y Perico se alejó, volviendo a los pocos minutos, para responder:

—La señora condesa se niega absolutamente a recibirlos.

—¡Ya no me teme! ¡Aun puede protegerme la fortuna!

—Y en cuanto al señor conde, sería inútil que os acercaseis a su lecho, puesto que ni siquiera os vería.

—¿Y don Leandro?

—En la habitación de su madre y mi señora.

—Pues decidle...

—Tampoco os recibirá.

Ningún recurso le quedaba al comendador. Únicamente le alentaba la esperanza de que mejorase el conde. Reflexionó el miserable, y después de algunos momentos dijo:

—¡Lo que pasa es muy extraño!

—Señor don Pedro—replicó el travieso Perico—, a vos puedo deciros lo que nadie debe saber.

—¡Acabad!

—Anoche, en una casa de la costanilla de Santiago esperaba mi señor a que unos bribones le llevasen, después de sacarla violentamente de su habitación...

—¡Consuelo!—exclamó el anciano sin poder contenerse.

—Y en vez de Consuelo se encontró con su esposa.

—¡Vive el cielo!

—La sorpresa, la ira... Ello es que el señor conde perdió el conocimiento, y que dentro de algunas horas morirá.

Sin necesidad de más explicaciones comprendió perfectamente el anciano la situación; y como si Perico se hubiera propuesto mortificarle más y más, dijo:

—No estará de más que vayáis a ver cómo se encuentra vuestra desgraciada hija Consuelo.

—¡Miserable!—gritó el señor de Saavedra fuera de sí.

Y aunque quiso lanzarse sobre el atrevido sirviente, éste desapareció, a tiempo que se presentaban otros criados y entraban algunos amigos del conde que acababan de tener noticias de la repentina desgracia.

Forzoso le fue al anciano resignarse.

—¡Vamos, vamos!—le dijo a su criado y confidente y salieron sin pronunciar una palabra más.

¿Había exagerado Perico en cuanto a la enfermedad del conde? No; y, por consiguiente, su esposa se había salvado, hasta el punto que para ella era posible la salvación.

Tres horas después el conde de Rocanegra dejó de existir. Cuando lo supo don Pedro, exclamó:

— ¡Ya no puedo vengarme!

Y, lo mismo que el conde, cayó pesadamente sobre una silla. Tuvo la fortuna de que acudiesen a tiempo en su socorro; pero el médico declaró que su enfermedad era muy grave.

Recobró el conocimiento, comprendió que su muerte estaba cercana, y por fin despertó su conciencia, levantándose terrible. Ante la idea de la inexorable justicia del Omnipotente, el comendador se sintió aterrado, y quiso remediar en cuanto le fuera posible los males de que había sido causa. Entonces habló a su hija con una dulzura que nunca había empleado con ella, diciéndole que quería que inmediatamente fuera esposa de Querubín.

— Padre mío—respondió la joven—, no aceptaré la dicha que me ofrecéis mientras sufra mi pobre hermana.

— ¡Mariana! ¡Consuelo! ¡Quiero verlas! ¡Cumpliré mi deber, y moriré tranquilo!

— ¡No, padre mío; no moriréis, porque Dios escuchará mis súplicas!

Aquel mismo día los vecinos de la casa de la costanilla de Santiago vieron con sorpresa profunda que un coche se detenía a la puerta y que entraban en él la señora Mariana, Consuelo y el señor Policarpo.

El comendador había querido también pagar los grandes beneficios que el honrado sastre había hecho a las dos infelices mujeres. Éstas no debían ya salir de la morada de don Pedro de Saavedra, que quiso casarse in-

mediatamente con la señora Mariana y reconocer como hija suya a Consuelo.

La situación de todos cambió. La condesa y Leandro salieron de Madrid sin despedirse de nadie, y fueron a la casa de campo que ya conocemos, decididos a permanecer allí el año de luto. Querubín se quedó al lado de su padre, y consiguió que el señor de Guevara aceptara una renta que le permitiese vivir con desahogo. El audaz mancebo iba diariamente a visitar a su desgraciada madre y a María. El comendador pudo después de algunas semanas dejar el lecho; pero su salud quedó muy quebrantada. No hay que decir que Perico recibió una crecida recompensa, y en cuanto al señor Policarpo, pudo ya vivir desahogadamente. ¿Y Andrés? Fue inmediatamente despedido por don Pedro; y como también Juana declaró que no sería su esposa, quiso el miserable tomar venganza. Para conseguirlo, buscó tres criminales, en cuya compañía fue una noche a esperar a Querubín en las encrucijadas de Santa Catalina. Qui-so Dios que aquella noche el señor de Guevara fuese a visitar también al comendador y saliera acompañado de su protegido; y como ambos eran muy valerosos y mane-jaban admirablemente la espada, al verse acometidos se defendieron, y en tanto que Querubín hería a uno de los asesinos pagados y huían los otros dos, el muy noble don Godofredo dejó sin vida al miserable Andrés. La vieja murió a consecuencia del susto de la inolvidable noche, que había sido tan desgraciada como feliz. Un año después la condesa y don Juan de Monzón se casaron. También se unieron María y Querubín, Consue-lo y Leandro, realizando una dicha sin igual. Bien la merecían, y bien cara les había costado. A los seis meses murió el comendador. Juana y Lucía encontraron ma-rido a su gusto, y también fueron felices.

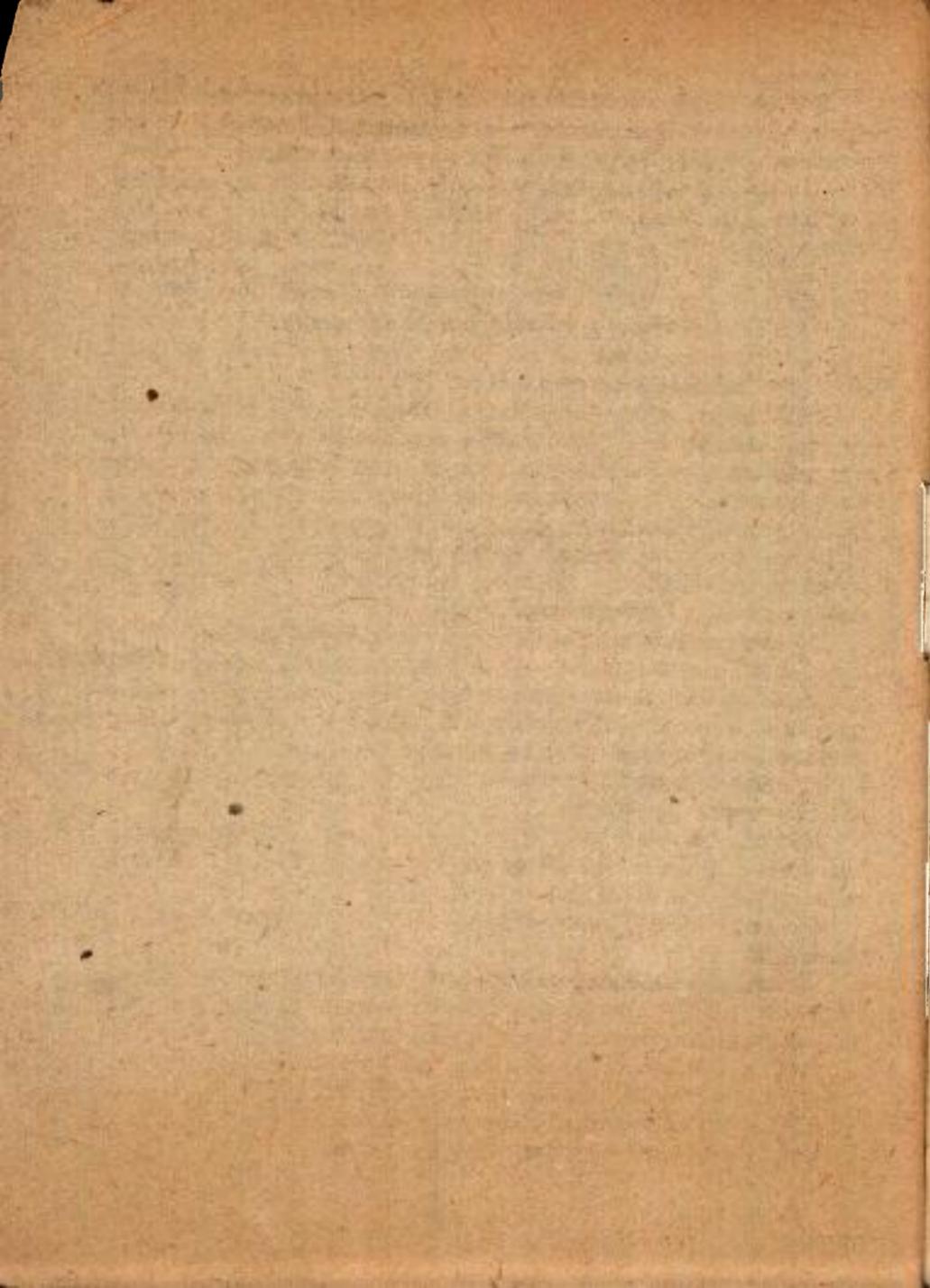
Todos estos sucesos fueron conocidos y ocuparon por

mucho tiempo la atención de los habitantes de Madrid, dando a los murmuradores asunto para hablar a todas horas y hacer toda clase de comentarios.

¿Llegó a ser dichosa la condesa? No podía serlo completamente; pero recobró la tranquilidad, que es mucho para quien nada espera.

Tal es la historia de aquella mujer sublime, que sostuvo una lucha que apenas puede concebirse.

FIN DE LA NOVELA



a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapté a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

Entonces el conde de Rocanegra decide raptar a Consuelo sin que el comendador se entere.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. RIVET	Ruitabos	11	G. LEROUX	El corazón secuestrado
2	-	El bufón por sacrificio	12	-	Roulettable en Rusia
3	-	¡Por ella!	13	LE ROUX	El naufragio del espacio
4	-	La estufa de una mujer	14	-	Al astro espantoso
5	-	La venganza del Destino	15	SPITZBERGER	El capitán Lagarde de Jarzac
6	-	El secreto de Mari-Rosa	16	-	Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	-	Ultraje Mortal	17	-	La marquesa colorosa
8	EMERSON	Las cosas ven	18	-	La favorita
9	G. LEROUX	Bibi, tomo I	19	-	El misterio de miraflores
10	-	-	20	-	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN HOJAS

2,50 PÉSETAS.

DE VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSCOS